

Mentimos por muchas razones: por conveniencia, odio, compasión, envidia, egoísmo, por necesidad, o como defensa ante una agresión... pero dejando al margen su origen o motivación, no todas las mentiras son iguales. Las menos convenientes para nuestra psique son las mentiras en que incurrimos para no responsabilizarnos de las consecuencias de nuestros actos. Pero, las menos admisibles son las que hacen daño, las que equivocan y las que pueden conducir a que el receptor adopte decisiones que le perjudiquen.

Según los especialistas, mentir es algo innato en los seres humanos. No obstante, cuando maquillar la realidad se transforma en algo recurrente e injustificado, la mentira evidencia un serio trastorno de personalidad que se torna una patología difícil de controlar.

Sin llegar al delirio, la mitomanía evidencia un trastorno de personalidad en quienes la adoptaron como forma de vida, en aquellos que no pueden evitar acudir a ella tanto en situaciones límite como en contextos en los que su empleo no tiene explicación razonable.

A pesar de ser conscientes de sus actos, de sus engaños, estas personas no pueden detener el impulso irrefrenable de deformar la realidad con el objetivo de ser más atractivas socialmente o incluso más queridas y aceptadas, metas que no son alcanzadas de ese modo y que, por el contrario, arrastran al mitómano a la pérdida total de la credibilidad que justamente todo el tiempo se esfuerza en alcanzar mediante un mundo de quimeras.

Cuando mentir es obsesión. No importa el objetivo, aquellos que volvieron costumbre o hábito estructurar su vida en torno a mentiras llegan a utilizarlas tanto en situaciones críticas como en contextos que no lo ameritan.

Es como un vicio La mitomanía es una patología según la cual las personas mienten por lo que sea. Con la mentira no buscan obtener un beneficio. Mienten por el hecho de mentir, incluso no logrando satisfacción con la mentira. En estas personalidades la mentira está incorporada al discurso

Según los especialistas, la mitomanía no es una enfermedad en sí misma sino que corresponde a un conjunto de síntomas que pueden presentarse en diversos padecimientos psíquicos, particularmente en los Trastornos Obsesivos Compulsivos y, sobre todo, de personalidad. “La mitomanía tiene que ver con un trastorno compulsivo porque hay una repetición constante y obsesiva de la mentira, pero sobre todo hay que pensarla en base a un problema de personalidad”, asegura Grande.

En ese sentido, apunta que el mal que afectaba al adorable Pinocho suele darse en dos tipos de temperamentos: en personas inseguras de sí mismas, necesitadas de afecto y de demostración constante de estima y en aquellos que buscan siempre ser el centro, sobresalir y hacen una lectura frívola y superficial de la realidad.

“La mentira patológica tiene que ver con trastornos en la constitución del Yo, autoestima baja, gente insegura y necesitada de afecto, sienten que si no mienten nadie los va a querer. Tienen una dificultad en la perseverancia y en responsabilizarse de sus actos”, indica la coordinadora del Programa de Salud Mental del Hospital Pirovano, Eva Corsini, quien agrega: “El mitómano falsea la realidad para hacerla más soportable o para mostrar una imagen mejor de la que realmente tiene”.

Todo ser humano “tiene su propio mundo de ficción”, aunque se diferencia este tipo de fantasía de la que es empleada a diario por la persona mitómana debido a que, en ellos, “la mentira es constante y exacerbada”.

El neurótico miente porque percibe la realidad de una manera. Partimos de la base de que el entorno social es una construcción, una ficción, por lo que la persona está siempre tratando de construir un personaje para adaptarse a esa circunstancia. Así es que socialmente ejerce distintos roles.

Distinto es lo que sucede cuando la persona recurre a la mentira en todos los ámbitos de su vida, cuando queda atrapada por completo en su propia red de falsedades, a tal punto de creer en ellas y ser la única manera que tiene para relacionarse en sociedad. Esas son las características que describen por completo al mitómano.

La mitomanía se diferencia de la mentira en que no es episódica sino permanente, se manifiesta desde la infancia y está caracterizada por una sistemática tendencia a falsear la verdad respecto de los hechos, cosas o personas.

La diferencia entre el mentiroso común y el mentiroso patológico reside en la forma y en la persistencia de la mentira. El mitómano tiene la característica de actuar tan bien su personaje que hasta se miente a sí mismo y se cree su personaje. No obstante, siempre hay un resto que lo ancla a la realidad, "El que miente mil veces cree que lo que dice es verdad".

Esto ocurre porque en la conducta del mitómano llega a naturalizarse el hecho de tomar recaudos para evitar que su mundo ficcional sea descubierto, lo que, como contrapartida a la ausencia de culpa o remordimiento al expresar sus mentiras, muchas veces implica un esfuerzo que le genera desgaste y angustia. "La complejidad que implica mantener la mentira provoca sufrimiento. Hay mentiras que son imposibles o, al menos, difíciles de sostener, es por eso que estas personas deben recordar lo que dijeron para no pisarse, implica un desgaste terrible", "La conducta del mentiroso compulsivo tiene su raíz en los vínculos más primarios; es decir, aquellos que lo han formado como sujeto. En la niñez se forma su personalidad según la educación y el contexto en el que se vive

El cimiento sobre el cual se edifican las relaciones humanas es la confianza o la fe. La relación entre los seres humanos no precisaría de la confianza si fuéramos transparentes --- pero no lo somos. El descubrimiento absoluto de nuestra intimidad, al contener propósitos e intenciones que podrían estropear el diálogo, frenaría la relación social. Recurrimos, todos, a un protocolo de comunicación, y el fingimiento, el disimulo y la mentira son --- aunque cueste reconocerlo -- - componentes esenciales de ese arreglo.

La confianza es una actitud básica, porque rige la totalidad de las interacciones. La necesitamos, pero la usamos en las dosis que, según nuestro criterio, cada caso precisa. En el momento que surge la comunicación con otra persona hemos de depositar en ella cierto grado de confianza, que es el termómetro de la importancia y vinculación que mantenemos con ella. Apostar por la confianza del otro es considerarle de fiar.

Fiarse de alguien significa creer que las probabilidades de ser engañado son muy escasas o inexistentes. Si queremos ser creíbles, gozar de la confianza ajena, tendremos que olvidar el engaño, la mentira. El crédito que tenemos ante los demás es un tesoro frágil y no perenne, ya que se actualiza y revisa en cada acción, en cada diálogo, que acaban convirtiéndose en una constante prueba de certidumbre. La mentira puede hacer daño al destinatario pero en última instancia a quien más perjudica es al mentiroso, ya que le convierte en una persona poco íntegra, indigna de confianza y carente de crédito. Lo dice el refrán: "En la persona mentirosa, la verdad se vuelve dudosa".

En resumen

La mentira es fenómeno defensivo y natural y, aunque parezca extraño está ligada a la capacidad intelectual del individuo, a su desarrollo psicosexual y a su equilibrio emocional. Para la terapia, el entendimiento de las mentiras de nuestros pacientes es vital, ya que nos

revela, de modo elocuente, sus conflictos y dilemas más preocupantes y, a menudo, para ellos mismos, más inaccesibles.

Por lo que la terapia sí ayuda , y el terapeuta se da cuenta de las mentiras del paciente.

Pero, todo siendo igual, es mejor vivir con verdades que sean amargas que con mentiras que sean piadosas... es la verdad...